

DAVID GUYMER

LAS AVENTURAS DE  
GOTREK Y FÉLIX

LA CIUDAD DE LOS CONDENADOS



**WARHAMMER**<sup>®</sup>  
minotauro

PHOTO

DAVID GUYMER

**LAS AVENTURAS DE  
GOTREK Y FÉLIX**

LA CIUDAD DE LOS CONDENADOS

minotauro

*Las aventuras de Gotrek y Félix: La Ciudad de los Condenados*

Published by Black Library, 2013  
Copyright © Games Workshop Limited  
Originally published as *Gotrek & Felix: City of the Damned*

*Gotrek & Felix: City of the Damned*, *Gotrek y Félix: La Ciudad de los Condenados*, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.  
Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,  
Willow Road, Nottingham,  
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Simon Saito, 2023  
Imagen de cubierta: Phroilan Gardner  
Mapa: Nuala Kinrade

ISBN: 978-84-450-1692-3  
Depósito legal: B. 836-2024  
*Printed in EU / Impreso en UE.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros



El mundo se muere, pero ha sido así desde el advenimiento de los Dioses del Caos.

Durante más años de los que pueden contarse, los Poderes Ruinosos han codiciado el reino mortal. En multitud de ocasiones han intentado apoderarse de él y sus paladines han comandado vastas hordas que se han adentrado en los territorios de humanos, elfos y enanos. Pero siempre fueron derrotados.

Hasta ahora.

En las heladas tierras del norte, Archaon, un antiguo templario del dios guerrero Sigmar, ha sido coronado el Gran Elegido del Caos, y está decidido a marchar hacia el sur para arrasarlo las tierras que defendió otrora con la espada. Lo siguen todas las fuerzas, mortales y demoníacas, de los Dioses Oscuros. Allí por donde pasan siembran una destrucción como nunca antes se había visto, y las tierras de los humanos ya se han convertido en un paisaje de ruinas. La vanguardia de Archaon está saqueando Kislev y adentrándose en el Imperio por el norte. En la otrora orgullosa Bretonia reina la anarquía. Una marea de viles hombres rata está arrasando los territorios del sur. Y se murmura que en los impenetrables bosques del Imperio está levantándose otro poder ancestral. Nagash, el Gran Nigromante, ha regresado al mundo, y nadie sabe si sus ejércitos de muertos combatirán contra las hordas del Caos o lucharán bajo sus estandartes.

Los hombres del Imperio, los elfos de Ulthuan y los enanos de las Montañas del Fin del Mundo fortifican sus ciudades y se preparan para la inevitable masacre. Lucharán con valor hasta el final. Pero en el fondo de sus corazones saben que sus esfuerzos serán en vano. La victoria del Caos es inevitable.

Es el Fin de los Tiempos

## CAPÍTULO UNO

### *La Bestia de los Páramos de Ostermark*

Félix Jaeger tiritaba con el frío aire otoñal que recorría como un fantasma el silencioso pueblo. Incrustado entre dos colinas, el viento soplaba en rachas ocasionales acompañado de llovizna desde el lúgubre cielo de media tarde. El lugar era diminuto, probablemente no alcanzaba el tamaño suficiente para ganarse un punto propio en un mapa; no era más que una calle adoquinada flanqueada por casas bajas con las paredes grises. Las puertas de los edificios estaban cerradas con cerrojos y rejas, y las ventanas tapadas con tablas clavadas a las paredes. Contó nueve o diez casas en cada lado de la calle, de piedra pálida y mortero gris, separadas unas de otras por patios tapiados que protegían hortalizas que parecían resistentes al viento. En las afueras del pueblo había un triste jardincito de Morr señalado con un martillo de piedra deteriorado por los elementos. Una cabra se paseaba entre las losas conmemorativas. El animal no prestó la menor atención a Félix cuando lo vio pasar. Una campana de bronce alrededor de su cuello tintineaba cada vez que agachaba la cabeza para comerse un puñado de tallos de dientes de león.

—¿Crees que nos han oído llegar?

Gotrek escrutó la hilera de casas con su único ojo. Tenía su enorme hacha apoyada en el hombro, con la ancha hoja rúnica salpicada de gotas de lluvia. Gruñó, pero Félix nunca sabía si era una expresión de regocijo o de conformidad.

—Yo no empecé la pelea, humano. Yo solo quería cerveza y unas cuantas respuestas. ¿Es culpa mía que la gente de por aquí no tenga modales?

—Son los páramos, Gotrek. Dudo que la gente de aquí haya tenido algún contacto con los enanos o que sepa algo más sobre vosotros que lo que oye en los sermones del sacerdote. No puedes culparles por no saber cómo... esto... —Félix vaciló, pues no quería convertirse en el objeto de la ira del Matador—... cómo comportarse con uno.

Gotrek refunfuñó y devolvió la mirada al camino.

—Seguro que si les dijera que los elfos han desaparecido montarían un desfile.

A Félix se le dibujó media sonrisa. Aquella gente vivía aislada. Y era supersticiosa. El paisaje que los rodeaba engendraba ideas extrañas en el corazón de las personas. Cada rincón y cada valle poseía un espíritu caprichoso que debía ser apaciguado; hasta el último arroyo era la morada del fantasma de alguna heroína romántica trágica y desesperada. Pero de todos los mitos de los que se hablaba incansablemente en las cervecerías de Osterwald, seguramente el más atroz —tanto que cuando salía a colación los jóvenes granjeros y cabreros borrachos ponían los ojos como platos y se expresaban con gruñidos sofocados como si fueran los personajes de un espantoso melodrama estudiantil de Detlef Sierck— era la Bestia de los Páramos.

Una persona desaparecida en un pueblo, una cripta familiar profanada en el siguiente, extraños avistamientos y aullidos animales en los páramos. En la imaginación de Félix era poco más que una oveja exaltada y bandoleros disfrazados de monstruos infrahumanos para asustar a los forasteros, los niños y los demasiado crédulos. Y de estos no escaseaban entre los habitantes de Ostermark. Suspiró. O Matatrolls a la busca de una muerte gloriosa, ya puestos.

—Esa Bestia los aterra, eso está claro —dijo Gotrek, ajeno a los pensamientos de Félix—. Solo espero que esta vez no se nos escape.

Félix prefirió no decir nada. En cambio, escrutó el otro extremo de la calle justo cuando una brisa repentina hizo que le ondearan la melena y la capa roja de lana de Sudenland. Giró la cabeza y una ráfaga de llovizna le azotó la cara. Estaba exhausto. Intentó recordar el momento exacto en el que habían

empezado sus problemas de sueño. Estaba bastante seguro de que no dormía bien desde que dejaran atrás Osterwald. Recordó con un inesperado cariño la última noche en el desván sin ventilación del teatro. La culpa era de este maldito páramo. Desde que estaban allí dormía mal y sus sueños estaban poblados de niebla y almas angustiadas. Algunas noches veía a una dama blanca; nunca hablaba, solo observaba, observaba cómo ardía su ciudad de murallas negras. El mero hecho de recordarlo le provocó un escalofrío.

Los Páramos de Ostermark eran un territorio desolado y, si bien apenas habían tenido incidentes durante el viaje, los caminos necesitaban desesperadamente una restauración. Sabía por sus conocimientos de historia que aquellas rutas se habían ido abriendo a medida que los ejércitos del emperador Magnus erradicaban el Caos de las provincias del norte tras la Gran Guerra, y probablemente no se habían tocado desde entonces. La gran distancia que había entre un altar en ruinas al borde de la carretera y el siguiente era una prueba del enorme abandono de la ruta. Félix había contado unos dos o tres cada día, pero el número variaba. Estaban esculpidos toscamente en rocas de piedra caliza para darles forma de martillo, con las clásicas inscripciones en la cabeza borradas por los elementos y el platillo para las limosnas tallado en el mango. Hacía alrededor de una semana, había encontrado un par de pfennings cubiertos de cardenillo debajo de una maraña de telarañas. Los había dejado allí. Ni Gotrek ni él estaban aún tan hambrientos como para robar a Sigmar. El mejor servicio que esos nichos habían ofrecido a su dios desde hacía mucho tiempo era como nido para una urraca que se había puesto a chillar como una ramera rechazada en cuanto los vio acercarse. Hasta Gotrek rechinó los dientes y dejó en paz al ave.

En las dos semanas que habían pasado desde su partida de Osterwald, no habían visto más que muros de piedra seca y colinas vacías, y Félix solo había oído a Gotrek quejarse de dolor de pies. Incluso él empezaba a echar de menos un poco de emoción. Tal vez Gotrek no hubiera comenzado la pelea en el último pueblo, pero Félix se había sumado a ella con una mezcla a partes iguales de entusiasmo y vergüenza, como un hombre desesperadamente sediento se tiraría a un charco de barro. Solo había durado un minuto. Gotrek había dejado inconscientes a media docena de cabreros que lo habían subestimado por su escasa estatura y sus tatuajes, y entre todos habían puesto patas arriba el interior de la taberna. Cuando todo hubo terminado, Gotrek se alzaba en medio del desastre con una extraña expresión de abatimiento por

el hecho de que no hubiera ningún agente de la ley para echarlo de la población, como un niño que hubiese destrozado la cama y ahora tuviera que dormir en ella.

Allí no había agentes de la ley, ni milicia, ni la más insignificante señal de la autoridad del emperador Karl Franz o de quienquiera que fuera el barón que reclutara tropas y recaudara impuestos en su nombre. Habían abandonado ese pueblo hacía tres días y desde entonces no se habían cruzado con ninguna alma.

—Te digo que es la Bestia esa —afirmó Gotrek blandiendo el hacha con una mano que era como un jamón. El arma se agitó en la cadena como un perro atado con una correa.

Félix miró por las rendijas de las tablas toscamente clavadas para tapar los huecos de las ventanas de un edificio que olía como un ahumadero. De la chimenea salía humo en fumaradas irregulares. Observó la chimenea y se apartó los mechones empapados de la frente. La columna de humo se retorció para formar figuras empujado hacia las alturas por el viento, como si fuera la cuerda de un pozo subiendo del fondo.

Por un momento, los remolinos del humo habían formado una figura concreta.

Gotrek acarició el filo de su hacha hasta que brotó una gota de sangre es-carlata.

—Ya era hora. Me merezco una pelea mediodecente.

Félix desplazó la mano hacia la empuñadura con la forma de cabeza de dragón de su espada. Le dio un pequeño tirón para aflojarla dentro la funda de cuero. Viajando con Gotrek Gurnisson valía la pena ser precavido.

—¿Crees que están dentro? —preguntó dando la espalda con cierto reparo al fantasma de humo y señalando con la cabeza las ventanas entabladas.

—Ajá, humano. Ni siquiera tu raza es tan estúpida como para dejar des-atendido un fuego.

—A no ser que hayan huido precipitadamente.

—Oh, están aquí —afirmó Gotrek con una sonrisa que dejaba a la vista los huecos de los dientes que le faltaban. Agitó la mano en dirección a la calle abandonada. Félix se fijó en las ventanas entabladas y en las puertas reforzadas—. Todo eso no se ha hecho precipitadamente.

Félix dirigió entonces la mirada por encima de los torcidos tejados de pizarra hacia las colinas bajas que rodeaban el pueblo. Un muro de piedra seca



se extendía por la ladera derecha hasta una montaña de escombros que había a mitad de camino de la cima. La colina del lado opuesto no tenía un elemento tan llamativo que la hiciera destacar. Brezos y zarzas sobrevivían aferrados a la capa superior del suelo. La flora allí ni siquiera era verde, sino de un desagradable color parduzco tirando a morado; como un moratón pasados unos días.

—¡Salid, lampiños cobardes! —bramó de repente Gotrek. Félix dio un brinco—. No os haremos daño. —El Matador se volvió a su compañero y soltó una risita ronca antes de añadir en voz baja—: Probablemente.

—Gotrek —musitó Félix, y puso un dedo enguantado en el brazo de su compañero para pedirle que se callara.

Gotrek alzó la vista y miró en la dirección que le señalaba Félix con la cabeza. Atisbó la sombra de un movimiento detrás de las tablas de una ventana. Pertenece al edificio de dos plantas que dominaba el otro extremo de la calle. Tenía suficiente experiencia en las tabernas de este mundo para reconocer una sin la necesidad de un letrero o un cartel de bienvenida. La construcción, característica de la región, era de piedra gris, con un par de amplias ventanas tapadas a cada lado de la sólida puerta de roble. Una chimenea sobresalía entre las tejas de pizarra del tejado alto y empinado; unas tejas negras que los escandalosos mirlos que se refugiaban en los aleros habían rociado de salpicaduras blancas. Los adoquines de la calle se encaminaban directamente hacia esa puerta principal, luego giraban y bordeaban con una pequeña pendiente la colina de la derecha hasta lo que parecía una cochera en la parte de atrás. Las hierbas asfixiaban los adoquines. Félix dudaba que se hubiera detenido allí algún carro desde que se colocaran los adoquines. Ni siquiera antes.

Gotrek carcajeó y dirigió sus pesados pasos en esa dirección, calentando los músculos con suaves hachazos al aire. Las runas zumbaron al cortar el viento. Félix se mordió el labio y se apresuró a seguirlo. Echó un vistazo por encima del hombro y un escalofrío le recorrió la espalda.

Se sentía observado.

Desde la puerta de la taberna llegó el ruido de una tranca que se levantaba lentamente y luego, muy despacio, como si venciera una gran resistencia, una hoja de la puerta doble se abrió. Un hombre fornido y calvo, vestido con un blusón de lana sin mangas y un grasiento guardapolvo, empujó la puerta con la grasa de su brazo izquierdo. Un muchacho rubio con un chaleco

enguatado apareció a su espalda; sujetaba una lanza y hacía todo lo posible para no parecer muerto de miedo.

No lo estaba consiguiendo.

Félix se detuvo en seco y apartó lentamente las manos de la espada enfundada. El hombretón tenía apoyada en el pliegue interior del codo un arma de fuego con la boca del cañón acampanada como Félix solo las había visto en el Museo Imperial de Artillería de Nuln. Dio un cauteloso paso atrás y levantó las manos. Si iba a morir acribillado a perdigonazos en medio de ninguna parte durante la última búsqueda nihilista del Matador, encontraba poco consuelo en la idea de que fuera a hacerlo asesinado con un arma que llevaba más de un siglo pasada de moda. Gotrek mantuvo su aire despreocupado, como si no hubiera visto nada.

—Gotrek —dijo entre dientes Félix.

El enano dio un par de pasos más antes de detenerse y echó el hacha hacia atrás para apoyarla en el hombro, como un leñador que se dispone a empezar su turno.

—Una bienvenida tan dulce como tu cerveza, ¿eh, tabernero?

Félix vio que los brazos descubiertos del hombre se arrugaban acariciados por el viento. El anticuado trabuco que había estado apuntando a Félix se movió para apuntar a Gotrek. Félix pensó con un razonamiento alarmantemente bien fundado que en el fondo daba igual a quién apuntara, pues un arma como esa probablemente era capaz de abarcar toda la calle.

—¿Quiénes sois? —preguntó el hombre calvo con un marcado acento de Ostermark.

—Meros viajeros —respondió Félix antes de que el Matador consiguiera idear la manera de que los dos acabaran cosidos a perdigonazos.

—¿Ah, sí? Conque viajeros. —El hombre movió el trabuco con un gesto amenazador en dirección a Gotrek—. ¿Y adónde viajáis?

—Adonde nos da la real gana —gruñó Gotrek.

Por un momento, la ferocidad de este dejó atónito al hombre, que bajó un poco el arma, pero enseguida volvió a levantarla con un movimiento brusco.

—No iréis a ninguna parte a menos que yo lo diga, ¿queda claro?

Gotrek alzó el mentón y dio un paso adelante. El trabuco lo siguió con su mortífera boca abierta como si fuera la entrada a los infiernos.

—¿Crees que puedes detenerme?

—Gotrek —musitó Félix como un apuntador—. Por favor, no hagas que me dispare.

—¡Ja! —bramó Gotrek—. ¿Es eso lo que te preocupa, humano?

—En este momento, sí —respondió Félix mirando fijamente el arma.

—¡Cerrad el pico! —espetó el hombre. Le temblaba el dedo en el gatillo.

—Esto... Gotrek...

Un picor en la nuca había hecho que Félix se diera la vuelta. La puerta del ahumadero se abrió con un crujido y un hombre grande con los ojos rojos y un blusón sucio de hollín apareció en el vano. Empuñaba una sierra de carnicero de cuyos dientes colgaban trozos de cartílago. Una mujer, tan sucia como él, lo siguió a la calle sujetando una pala con las dos manos pegada al pecho. A lo largo de la calle se oyeron más cerrojos que se abrían y el chirrido de goznes de madera, y la calle empezó a llenarse de campesinos silenciosos con atuendos anodinos y el cabello sucio agitado por el viento. No menos de una docena de rostros se fundían en una masa asustada y mugrienta. No hablaban y se limitaban a dirigirse gestos de asentimiento unos a otros mientras avanzaban hombro con hombro, blandiendo por encima de la cabeza ganchos para cabras, palas y palos. Todos miraban fijamente a Félix con una expresión vaga y asustada, y él a su vez los miraba a ellos.

«Justo lo que necesitábamos —pensó Félix, olvidándose del trabuco del tabernero mientras sus manos bajaban a la funda de la espada—. Una turba enfurecida.»

Félix miró a los aldeanos con recelo. De momento se mantenían a una distancia prudencial, pero el terror tenía efectos muy raros en el valor de las personas y daba la impresión de que no se necesitaba mucho para que se desencadenara un ataque. Echó un vistazo a Gotrek, que observaba imperturbable y con los labios fruncidos a los lugareños. El hacha seguía apoyada en su hombro.

—¿Qué pasa, Gregor? ¿Has encontrado otra manera de echarnos encima a la Bestia? —La acusación salió de la muchedumbre. Félix no alcanzó a ver quién había hablado, pero los abucheos subsiguientes le dejaron claro que era una opinión común.

El hombre, Gregor, movió el trabuco de un lado al otro de la calle. Eso no amedrentó a los lugareños. O quizá, pensó Félix, ya estaban demasiado asustados por otra cosa. El muchacho rubio que estaba detrás de Gregor agarró tan fuerte la lanza que se le pusieron los nudillos blancos, se arrimó

al hombretón y paseó la mirada por la muchedumbre con los ojos desorbitados.

—Volved a vuestras casas —gruñó Gregor—. No os lo diré dos veces.

—¡Vas a hacer que nos maten a todos! —bramó la voz de antes. Esta vez Félix vio con claridad al hombre que hablaba. Era moreno y tenía los ojos marrones, vestía un chaleco de lana manchado de barro y apenas se distinguía de los demás—. ¿Es eso lo que quieres, Gregor? ¿Quieres quedarte con todas estas tierras, como esa bruja? —Más gritos, esta vez todavía más fuertes. Alguien tiró una piedra que pasó a escasos centímetros de la cabeza de Félix e impactó en la pared junto al tabernero. Este se agachó y se cubrió con el tabuco.

—Callaos —dijo Gregor forzando la voz para hacerse oír sin gritar—. Así seguro que conseguiréis que venga el monstruo.

Eso hizo que la turba se calmara, o al menos otro motivo de terror supersticioso diluyó su atención. Félix notaba la tensión como si fuera la cuerda de un arco a punto de disparar. Los lugareños escrutaron las cimas de las colinas en un silencio preñado de temor.

—Calmémonos todos —terció Félix aprovechando la oportunidad para llenar el silencio con el tono sensato que empleaba su padre en sus conversaciones de negocios. No se explicaba cómo Gotrek y él se las ingeniaban para acabar metidos en ese tipo de cosas; solo esperaba ser capaz de apaciguar los ánimos antes de que el enano perdiera la paciencia—. Me temo que todos somos víctimas de alguna clase de malentendido. De verdad que no somos más que unos inocentes viajeros.

Se instaló un silencio que apenas duró unos segundos. Luego una piedra le golpeó la muñeca de la mano. Félix se la agarró y se la pegó a la barriga. Esa no era exactamente la reacción que había esperado. Dio un par de pasos más que lo alejaron de la muchedumbre y lo acercaron a Gotrek y al tabernero.

—No os acerquéis más, supuestos viajeros —gruñó Gregor—. Todos hemos oído historias sobre la Bestia. —Miró a Gotrek con desconfianza y dureza—. Y no me gusta el aspecto de ese. Parece salvaje. Y por si eso no fuera prueba suficiente, el último pueblo del que tenemos noticia que atacó es Taalsveldt, en esa dirección. A lo mejor él es la Bestia.

Félix se estremeció cuando el Matador blandió el hacha y gruñó:

—Escoge con cuidado tus siguientes palabras, tabernero, y recuerda que un enano tarda en olvidar un insulto.

—No... —terció el muchacho que estaba detrás del tabernero con la voz quebrada. Tragó saliva antes de continuar—: No parecen bestias, papá.

—Chsss, Thomas —susurró Gregor—. Eso no hay manera de saberlo seguro.

—¡La Bestia es más alta, Gregor, pedazo de zoquete! —gritó alguien desde la muchedumbre, al que enseguida se sumó el parloteo de los demás.

—Ajá, como un ogro.

—Y tiene las garras más largas.

—Como un ogro no, Heinrich, como un troll.

—Y su cuerpo está frío y es gris.

—Y tiene ojos de demonio.

—Garras como cuchillos.

—La piel gris, eso es, como un troll, ya lo he dicho.

Félix asintió y extendió los brazos como si al arremangarse ofreciera la prueba definitiva de que era un ser humano.

—Es verdad, mirad. Nosotros ni siquiera hemos visto esa bestia de la que habláis.

—Y es una verdadera pena —masculló Gotrek.

—Ha dicho que es un enano —susurró Thomas en el oído de su padre sin despegar los ojos de Gotrek. Bajó la lanza—. ¿Acaso el padre Gramm no dice que siempre hay que tratar bien a los enanos? No quiero tener problemas con el barón.

—Tienes toda la razón del mundo —intervino Gotrek—. Ahora baja ese cacharro oxidado. Cualquiera con un poco de vista sabe que nunca pegará un tiro.

Gregor agarró tan fuerte el arma de fuego que Félix pensó que lo iba a deformar con sus manos.

—¡Con esta arma... mis antepasados limpiaron los páramos del Caos!

—En ese caso deberías cuidarla mejor, ¿no crees?

—¡Así es, Bestia! —Gregor apuntó a Gotrek con el trabuco y apretó el gatillo. Los lugareños dieron un grito ahogado y se tiraron al suelo. Félix se agachó medio segundo después y solo Gotrek permaneció de pie. Se oyó un clic y después no pasó nada. Gregor agitó enfurecido el trabuco y apretó dos veces más el gatillo; se oyeron otros dos clics—. ¡Demonios! —maldijo.

—Humedad en la cazoleta de la pólvora —explicó Gotrek—. Mira el óxido que hay alrededor de la llave.

El hombretón se encorvó y sostuvo en alto el mecanismo de la llave de rueda para inspeccionarlo.

—Bueno —continuó Gotrek se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta de la taberna—. Ahora que somos todos amigos, ¿qué tal si nos tomamos una cerveza? Estoy sediento y pierdo los estribos con facilidad cuando tengo sed.

Los lugareños estaban levantándose del suelo ayudándose unos a otros y miraban con odio a Gregor y a su hijo. El tabernero retrocedió sujetando el trabuco como si fuera una porra y empujó al muchacho, Thomas, para que entrara en la taberna. Todavía no parecía convencido de que Gotrek y Félix fueran lo que afirmaban, pero daba la impresión de que no sabía qué hacer al respecto toda vez que su trabuco había demostrado su inutilidad. Miró fijamente a Félix con una expresión de vacilación y temor antes de que los murmullos rebosantes de ira de la muchedumbre tomaran una decisión por él.

—Está bien. Entrad. —Gregor dio un paso rápido en la calle para abrir del todo la puerta, pero enseguida se echó a la izquierda para pegar la espalda a la pared—. Nos ocuparemos de este asunto en privado. Los demás —añadió entre dientes, dirigiéndose a la multitud—, volved a casa. Rápido, antes de que os vean.

Los lugareños no se movieron del sitio. Miraban al tabernero y a Félix con un rencor que era fruto del miedo. Este no sabía qué los enfurecía tanto, pero solo hacía falta una pequeña chispa para que toda esa ira estallara en algo más mortífero. Félix se volvió para mirar de nuevo el cementerio que colindaba con el pueblo. El viento inclinaba el viejo y nudoso martillo de piedra. No había rastro de la cabra, y supuso que alguno de los campesinos había aprovechado la oportunidad para meterla en un lugar resguardado.

—Daos prisa —los apremió Gregor mirando con nerviosismo a la muchedumbre—. Será mejor que no estéis fuera cuando el sol se ponga.

Félix miró al tabernero y luego el cielo. Era de un deprimente color azul grisáceo, pero todavía quedaban unas cuantas horas para que el sol se pusiera.

—¿Qué sucede por la noche?

—La Bestia sale a cazar.

—¡Atrás! ¡Atrás, bestia!

Félix se agachó para no golpearse la cabeza con el dintel cuando entró detrás de Gotrek. En ese mismo momento un hombre mal afeitado hizo el

ademán de agarrar la espada que había encima de una mesa, pero la empujó con la mano y la espada cayó al suelo de madera y se deslizó por él con un fragor metálico. El hombre maldijo y se levantó tambaleándose del taburete al mismo tiempo que trataba de sacar un cuchillo de los pantalones y tironeaba de las correas sueltas que colgaban de su coraza desabrochada.

—Tranquilo, Rudi —dijo Gregor entrando detrás de Félix, con el joven Thomas a su espalda—. Solo son un par de forasteros que están de paso.

Rudi lanzó las manos al aire y dio un grito ahogado.

—Por las lágrimas de Rhya, eres un... gordo estúpido. —Se masajeó las sienes como si estuviera poseído por la sospecha de que algo oscuro acechaba en esa zona de su cabeza—. ¿Qué ha pasado con lo de esconderse, eh? ¿Con esperar al barón? —El hombre estaba fuera de sí. El muchacho, Thomas, corrió hacia él, pero Rudi le dio un empujón con el hombro para apartarlo—. No puedes... no puedes dejar entrar a desconocidos. ¿Y si la Bestia los ha seguido?

—Mi hermano la ha visto —explicó Thomas, todavía lo bastante cerca de él para tranquilizarlo.

—¿En serio? —preguntó Gotrek con un interés súbito.

Rudi rechazó las atenciones de su hermano y trató de quitarse la armadura con serias dificultades. Los nervios hicieron presa en él mientras tiraba de la única correa abrochada en su cadera izquierda. Por fin la correa cedió y toda la coraza salió por encima de su cabeza. Rudi la dejó caer al suelo y cruzó los brazos respirando todavía agitadamente. Era un joven fornido; sus desarrollados músculos temblaban ceñidos por la camisa de lana mientras remitía su ataque de pánico. Miró con ferocidad a Gotrek y Félix temió por un momento que estuviese a punto de cometer una estupidez, pero entonces se relajó un poco. Gregor y él intercambiaron una mirada sin decir una palabra y Rudi se agachó para recoger la armadura, dio media vuelta y se dirigió hacia una puerta trasera.

—Rudolph no ha visto nada —dijo Gregor cuando la puerta se cerró. Félix oyó el ruido de pisadas en escalones de madera mientras el otro hijo del tabernero subía a la primera planta—. Nadie ha visto a la Bestia y ha vivido para contarlo.

—Creo que me gusta este lugar, humano —terció Gotrek. La espada de Rudi había quedado trabada entre las patas de un taburete. El Matador la apartó con la punta de la bota y luego empujó hacia atrás el taburete. El

chirrido de madera contra madera incrementó la tensión que flotaba en la habitación como un cuchillo desafilado deslizándose por una plancha de hierro. Si Félix hubiera estado menos benévolo, habría pensado que Gotrek lo había hecho a propósito. El enano se colocó encima del taburete y se dejó caer en él. A continuación, golpeó el tablero de la mesa con el pomo del hacha, la depositó con un estruendo metálico donde había estado la espada de Rudi y se puso a desatornillar la cadena que la unía al brazaletes.

—Cerveza. Y no te pienses que voy a pagártela después del numerito que has montado en la calle.

Gregor se sobresaltó al oír la voz del enano. Parecía inquieto, distraído, como si el mero hecho de encontrarse allí le pusiera nervioso. Asintió escuetamente e hizo lo que le habían pedido. Rodeó la barra, que tenía encima varios barriles polvorientos, para pasar al otro lado y buscó en la pared que quedaba a la izquierda de Félix.

Félix se dirigió a la mesa para sentarse con el enano y se agachó para pasar por debajo de un tosco martillo de Sigmar hecho con un par de herraduras retorcidas que colgaban de una cuerda de las vigas. A su paso, el martillo se balanceó y Félix lo sujetó entre el pulgar y el índice para detenerlo.

El salón de la taberna era amplio, con tres o cuatro mesas largas con taburetes repartidas y un par de pequeñas zonas privadas en los rincones más apartados. Todo tenía un aire de abandono y olía a humedad, a carne en mal estado y a pelo de animal húmedo. Además era oscuro. Unas brasas se consumían lentamente en la chimenea que había en la pared del fondo. La poca luz del sol que conseguía atravesar la grisácea malla de nubes quedó vetada la entrada en la taberna cuando Thomas cerró la puerta y volvió a colocar la pesada tranca. Las polillas se daban cabezazos estúpidamente contra las tablas de las ventanas y aleteaban mientras buscaban las rendijas de luz entre las juntas. Los ojos de Félix se adaptaron poco a poco a la penumbra.

—Esa gente de ahí fuera no parece tenerte mucho cariño, tabernero —observó Gotrek.

—Están asustados —dijo Gregor. Se había detenido debajo de una placa de latón que había en la pared detrás de la barra. Un par de ganchos sobresalían de ella. Suspiró y devolvió el antiguo trabuco a su soporte—. Mi tatarabuelo... —Dejó la frase a medias y cerró los ojos. Negó con la cabeza cuando se sintió incapaz de continuar—. Por la sangre de Magnus. —Se hizo la señal



del martillo con un dedo rollizo—. Era peregrino, como la mayoría de la gente de entonces que se asentó aquí después de la Gran Guerra.

—Date prisa con esa cerveza. Y cuéntame más sobre el altercado de tu muchacho con la Bestia.

—Pobre Rudolph —dijo Gregor suspirando mientras hurgaba debajo de la barra buscando un pichel un poco limpio. Lo sostuvo debajo de uno de los barriletes espitados, sopló el polvo de la llave de la espita y la abrió. Una espuma dorada brotó ruidosamente de la boquilla, seguida por un chorro vibrante.

—¿Te va bien el negocio? —preguntó Gotrek mirando con una expresión de razonable repugnancia el pilche mientras se llenaba.

Gregor estaba absorto en sus pensamientos y miró de reojo a Thomas cuando su hijo pequeño pasó un momento a su lado de la barra. Gregor cerró la espita y se apresuró a llevar la cerveza a Gotrek. La dejó encima de la mesa y regresó al otro lado de la barra.

Gotrek envolvió el recipiente con una mano carnosa, apoyó un pie en la pata de la mesa y empujó la silla en la que estaba sentado hacia atrás arrastrándola por las tablas del suelo, con los mismos pies se quitó las botas y los plantó descalzos encima de la mesa, al lado del hacha, con un suspiro de satisfacción. Estiró los dedos de los pies y tomó un sorbo de cerveza. Hizo una mueca, pero se la tragó y se recostó.

—Saliva de orco —murmuró—. Asquerosa saliva de orco.

Félix cogió un taburete y se sentó. Se fijó en que Thomas se movía por los márgenes del salón dejando caer trocitos de sebo descolorido a lo largo de los zócalos.

Gregor reparó en su expresión de incompreensión.

—Eléboro negro —explicó—. Para las ratas.

—Algunas son grandes de verdad —añadió Thomas con orgullo mientras desmenuzaba trozos de sebo gris con los dedos.

—Ajá —repuso Gregor haciendo gestos a su hijo para que se marchara de allí—. Anda, ve a lavarte las manos en el arroyo. Y no te entretengas visitando a tu madre, vuelve corriendo. Anochecerá en un par de horas. —Thomas salió corriendo por la misma puerta trasera que había utilizado su hermano. Gregor lo observó hasta que desapareció mientras se estrujaba las manos envueltas en el delantal. Miró de nuevo a Félix—. A veces llegan en manada, sobre todo del otro lado de aquella colina. —Señaló vagamente hacia el

suroeste—. En esa dirección está Sylvania. A menudo son lo suficientemente grandes como para matar a un carnero.

Félix se estremeció al oír mencionar esa siniestra provincia. Las sombras enseguida parecieron un poco más oscuras y pensó que no sería necesario matar a nadie para que Gregor encendiera el fuego.

—Aunque su carne es buena —añadió Gregor.

Félix alzó la vista con una expresión de horror grabada en la cara.

—¿Os las coméis?

—No somos animales, pero en invierno, mezclada con el grano, las cabras no les hacen ascos.

¿Y quién se come luego las cabras?, se preguntó Félix. Sabía que no debía juzgar a la gente pobre por buscar comida donde y como podían, pero incluso una persona que estuviera muriéndose de hambre se lo pensaría dos veces antes de plantearse la posibilidad siquiera de comerse una rata gigante de las corrompidas tierras de Sylvania. Tal vez sus antepasados habían sido más sabios y el hecho de vivir generación tras generación en el umbral del mal había suavizado su miedo a los peligros que se les presuponían. Miró con recelo al tabernero y se censuró su repentina indignación. Le recordaba demasiado la superioridad moral de su padre y de los sacerdotes a los que había pagado para que los instruyeran a él y a su hermano, pero Félix conocía demasiado bien la perniciosa influencia del Caos. Sin darse cuenta de lo que hacía, observó detenidamente el cuerpo de Gregor buscando cualquier señal de mutación.

Desvió la mirada y carraspeó un tanto nervioso.

—¿Por qué tus vecinos creen que vas a traer a la Bestia?

—¡Ajá! —exclamó Gotrek dando un puñetazo a la mesa—. Me gustaría saber algo más sobre ese monstruo antes de matarlo.

—¿Matarlo? —inquirió Gregor con incredulidad. Negó lentamente con la cabeza, con los ojos cerrados. Félix sintió lástima por él en ese momento. Aquella gente llevaba tanto tiempo viviendo bajo un cielo encapotado que no se podía creer que pudiera haber un sol detrás de las nubes—. Nadie lo ha visto con claridad nunca, ni sabe qué es ni por qué viene. No diré más. Dicen que, cuando alguien ve su cara o pronuncia su nombre, se entera y lo mata.

Félix miró a los ojos a Gregor.

—¿Por eso están asustados tus vecinos? ¿Rudi vio a la criatura? ¿Tienen miedo de que venga a por él?

Gregor se había puesto blanco.

Gotrek rio con los ojos fijos en la cerveza de su jarra.

—Menuda criatura tiene que ser para cargarse a tanta gente.

—No solo eso, maestro enano, ha hecho cosas mucho peores. —Gregor tragó saliva y miró a un lado y a otro como si temiera que las paredes estuvieran moviéndose para aplastarlo—. Casi todos los pueblos que conozco han sufrido algún ataque. Hace cerca de un mes que no llegan noticias de ningún lugar. No es algo raro en esta época del año, pero tampoco es nada bueno. —Se inclinó hacia delante apoyando los codos en la barra—. Entiendo que vais detrás de la Bestia, así que podéis pasar la noche aquí, pero quiero que os vayáis por la mañana. Tenéis razón, Rudolph estaba con los hombres del barón cuando se toparon con la Bestia en los límites del Totenwald. ¿Sabéis cuantos sobrevivieron?

Gotrek se toqueteó los eslabones dorados de la cadenita de la nariz con gesto pensativo.

—¿Quieres decir que crees que vive en el bosque?

Gregor se separó de la barra con el semblante ceñudo. No iba a decir una sola palabra más por mucho que Gotrek le provocara y se distrajo llenando un segundo pichel que después plantó en la mesa delante de Félix, de tal manera que el contenido salpicó la mano del poeta. Este lamió la cerveza derramada en sus dedos y se estremeció por el inesperado sabor amargo.

En cualquier caso, bebió. El largo viaje había engendrado en él un deseo indeleble de beber cerveza, por horrible que fuera.

Thomas regresó del arroyo, pero solo se quedó un momento para susurrar algo a su padre en el oído y volvió a marcharse para asegurar la puerta trasera y reunirse con su hermano. Gregor iba y venía por la taberna rellenando las jarras de cerveza y, aunque el hombre no se lo pidió, Félix le dio los dos últimos peniques que le quedaban. Eran bretonianos, tenían alrededor de cien años y los había recuperado de algún túmulo del que ya no se acordaba. Sonrió con pesadumbre al pensar en los espantosos lugares a los que Gotrek lo había arrastrado desde aquella noche en Altdorf en la que le prometió dejar constancia por escrito de la muerte del Matador. Gregor continuó absorto en sus tareas, ajeno a los recuerdos de Félix, y se puso de rodillas para apilar leña en la chimenea. Tras unos minutos oyendo ruidos y murmullos, Félix sintió calor en la espalda.

Por alguna extraña razón, el resplandor crepitante del fuego no contribuyó a crear un ambiente más alegre en la taberna y lo único que hizo fue resaltar la oscuridad.

—Olvídate de esta guarida de cobardes —dijo Gotrek—. Mañana a primera hora partiremos en dirección al bosque. —Su risa sonó hueca—. Qué bien tener un destino por fin. Yo tengo lo que hace falta para derrotar a esa criatura.

Félix tomó otro trago ensimismado en sus pensamientos. Algo que a Gregor le perturbaba, según había dicho. Había contado que Rudi formaba parte de un destacamento del barón cuando se encontró con la Bestia. Y si el barón estaba tomándose en serio esos rumores... Se obligó a tragar la cerveza que tenía en la boca antes de se pusiera más rancia. Eso solo podía significar que había algo de verdad en esas delirantes historias. Después de todo, tal vez existía la Bestia. La idea no era tranquilizadora.

A pesar de esos inquietantes pensamientos, a Félix le pesaban cada vez más los párpados. El viaje había sido largo y el calor y la cerveza habían formado una potente alianza contra la que su cuerpo no podía oponer resistencia alguna. Se moría de ganas por echarse en un jergón en la cochera, mucho más por hacerlo en una cama de verdad en una habitación.

—*Meinen Herr* —dijo Félix forzando los ojos para mantenerlos abiertos—. Ese barón del que hablas, ¿es un buen hombre?

—Alguien instruido como tú podría pensar que no lo es, pero yo digo que sí. —Gregor señaló con la cabeza el martillito torcido que se balanceaba lentamente sobre la puerta—. Nosotros hacemos lo correcto por Sigmar, y *der Kreuzfahrer* se porta bien con nosotros.

—¿Qué quieres decir?

Gregor mantuvo la mirada fija en el icono de Sigmar, distraído por lo que veía por los agujeros que había en las tablas que tapaban la ventana. Félix se preguntó si los lugareños seguirían allí fuera.

—El barón tiene a Sigmar en las entrañas; come, bebe y duerme con él. Continuamente recorre los páramos para expulsar el mal de ellos. No descansará mientras la Bestia viva. No, Von Kuber nunca se rendirá. Gracias a eso podemos dormir más tranquilos.

—Mañana —repitió Gotrek, apurando el nauseabundo brebaje de un trago largo; su tono no admitía discrepancias— le enseñaremos a ese barón tutto cómo se hacen las cosas.

El sol desapareció detrás de las colinas y tiñó las laderas de la vertiente occidental de un rojizo color ámbar. En el tejado del ahumadero, envuelto en las emanaciones de su chimenea, un pájaro que no era un pájaro emitió un silbido desafinado. La señal fue recibida e imitada. Un espectro encapuchado levantó la mirada de la cabra que acababa de matar y se adentró en las sombras cada vez más alargadas del cementerio, dejó a la vista los colmillos ensangrentados y profirió un chillido.

En sus hogares, los aldeanos reunieron a sus hijos y se fundieron todos en un abrazo mientras el siniestro coro nocturno se alargaba.

En la penumbrosa colina oriental que se alzaba junto al pueblo, a salvo de las miradas de los hombres y de las estrellas, unas criaturas oscuras oyeron la señal y expresaron abiertamente su entusiasmo. Se enarbolaron aceros y rugieron tripas. Las criaturas se escabulleron ladera abajo acompañados por el murmullo de voces susurrantes y capas negras, y convergieron en la oscuridad que se extendía entre las monótonas construcciones de piedra del fondo del valle. Desde el tejado llegó otro chillido y luego se hizo el silencio. Allí esperaron, apretados contra las paredes y debajo de las ventanas entabladas, impacientes, ansiosos y silenciosos como la misma muerte.

Ya quedaba poco.

Pero algo sí veía. Lo que al principio parecía una simple piedra grande, protegida del sol al abrigo de un afloramiento de roca y tierra recubierto de tojo, se movió muy despacio. Unas garras como cuchillos destaparon unos brillantes ojos de un volátil color rojo que producían simulacros de noche: espectros del aethyr que salpicaban la extraña regularidad del valle como una piel llena de sarpullidos.

La Bestia desvió su interés de sus seguidores para dirigirla al pueblo que había abajo, un penumbroso foco de mutabilidad e ilusión.

—Maestro, ha llegado el momento.

Quien había hablado estaba agachado ante él. Era pequeño, temporal, un mural en un vidrio resquebrajado. Lo acompañaban otros, todos con una rodilla hincada en el suelo y envueltos en capas negras, sin mirarlo. La Bestia se ciñó la capa al cuerpo.

«¡No me miréis!»

El pensamiento llegó a su garganta, un estruendo grave que agitó las entrañas de las criaturas congregadas. Todas se pusieron a temblar, pero nadie se atrevió a huir.

—Ha... llegado el momento.

El momento.

Los muy necios deberían saberlo. Podría acabar pronto. Salvo que nunca sería pronto.

No para uno de los Condenados.

Sus pensamientos, siempre efímeros, se disiparon como feos copos de consciencia que se arremolinaban para formar flujos divergentes de subconsciencia. Era enloquecedor. Un núcleo atávico de intelecto bramaba, montaba en cólera y trataba de apresar trémulos destellos con garras conceptuales. Con rigidez, su cuerpo, un cuerpo que ningún dios en su sano juicio había intentado mover jamás, se irguió. Sus huesos crujieron mientras su horrenda forma salía de su capullo de tierra. Sus secuaces retrocedieron gritando sobresaltados.

El mundo estaba roto; destellaba, rielaba y se agitaba ante unos ojos rebosantes de dolor. Vio el pueblo en su estado anterior al que él lo devolvería. Un rugido ascendió desde su estómago mientras caminaba. Era una palabra, un nombre, su nombre, la única verdad que todavía conocía.

—Huurrlk.